

LA PANDEMIA DE LA SEGURIDAD

“Vivimos peligrosamente seguros”.

“El sueño de la seguridad crea monstruos”

Querido lector, lectora:

Desde hace unos años, especialmente en occidente, la seguridad está de moda. La seguridad vende. La seguridad es un derecho del ciudadano occidental blanco (porque para el resto de la humanidad la seguridad es un privilegio al que nadie tiene derecho). Y la pandemia del covid ha llevado este concepto al extremo: queremos “vidas seguras”, “escuelas seguras”, “negocios seguros”... Ese es un principio incuestionable. Nadie lo cuestiona.

A mi la seguridad me pone muy nerviosa. Cuando se habla tanto de seguridad una incomodidad me recorre el cuerpo. No es que busque el peligro (mi deporte de riesgo más extremo siempre fue estar sentada en mi sofá leyendo a un gran pensador), pero me incomoda profundamente cuando me “quieren segura”. Siempre me da la sensación de que me están estafando. Porque la seguridad que me venden, la vida a riesgo cero, me parece peligrosa.

¿La vida segura es posible?

¿La vida segura es deseable?

¿La vida segura es vida?

¿Qué precio hemos de pagar para “vivir seguros”?

¿Qué es la seguridad?

El objetivo de estas cartas, es analizar muchas cosas que se hallan detrás del discurso oficial. Muchos conceptos que damos, precisamente por seguros, y que no sabemos ni siquiera qué significan, si son realistas, posibles y viables y qué alcance tienen para nuestras vidas. A menudo, ante tanto discurso banal y superficial de expertos me asalta como un mantra la pregunta: ¿Qué estamos haciendo? A nosotros como sociedad y a nuestros hijos (tema aparte será el de la infancia y la educación). Y no puedo dejar de sentir que esta pandemia está poniendo en evidencia la estructura enferma de una sociedad enferma.

Una de nuestras enfermedades más evidentes, y que nadie ve, es la enfermedad de la seguridad (unida, obviamente, a la enfermedad del miedo). Escuché hace un tiempo una entrevista a Raimon Panikkar en la radio donde habla del tema. Muchas son las frases memorables que nos deja en dicha entrevista, pero me quedo con esta: “la obsesión por la certeza nos ha llevado a la patología de la seguridad”. Desde Descartes vivimos obsesionados con el conocimiento cierto (cuya panacea es el científico). Porque ese conocimiento ha creado una sociedad tecnológica que vive en la ilusión del riesgo cero. Y digo bien, ilusión. El riesgo cero no existe. En cualquier momento puede suceder lo inesperado. En cualquier momento la muerte puede presentarse. Eso es inevitable. El problema de nuestra sociedad es que hicimos de la muerte la gran tragedia, la alejamos tanto de la vida...que no vimos que hemos perdido la vida en

el proceso. Esta pandemia ha puesto en evidencia que no sabemos relacionarnos con la incertidumbre y la muerte...y por lo tanto no sabemos relacionarnos con la vida. Ha puesto de relieve una sociedad sin trascendencia ni horizonte de misterio, donde la salud se volvió el bien supremo y la vida larga (que no plena) el bien común deseable por todos.

Una vida sin riesgo es una vida aburrida. Se llena de aburrimiento. No moriremos de covid, moriremos de aburrimiento. Vivimos en sociedades anestesiadas donde la "normalidad" es gris y monótona. Vivimos en un horizonte temporal marcado por el reloj que ha deshauciado el tiempo. Ya no sabemos qué es el tiempo y constantemente nos quejamos de que "no lo tenemos". Descuartizamos el tiempo en minutos, días, horas, segundos...y lo utilizamos, lo hicimos útil llenándolo de quehaceres y de propósitos, cuando el tiempo es un misterio en el que vivir y vivirnos. Todo esto ha puesto de relieve la pandemia. Nuestra relación con el tiempo, la salud, la muerte y en último término con la vida.

Con la pandemia la seguridad global depende de la individual, dicen. Cuidate para cuidar al otro. La autoprotección se volvió un bien moral supremo, marca del buen ciudadano ejemplar y ejemplarizante. La seguridad común entendida como derecho, se vuelve deber individual de proteger al prójimo, en una ilusión de control que es mentira. Se está pidiendo y obligando a acatar muchas medidas que atentan, ya no contra derechos fundamentales, sino que diría contra la vida misma, añadiendo que son inocuas y que son temporales. En próximas cartas mostraré que ni son inocuas y que

lo de temporales está también en entredicho. Pero este giro que dió la pandemia de convertir una ilusión colectiva en un deber individual me parece falaz y peligrosa, precisamente para la vida.

La seguridad no existe. No puede ser un derecho de una nación. Y ese pedir que individualmente estemos seguros es pedir que renunciemos a la vida en nombre de...¿el bien común.? Covid-19...De cada 1000 personas mueren 10. Enfermedad de mortalidad del 1%. Claro que ese 1% es elevadísimo . Pero es que de 1000 personas que contraen la enfermedad, 990 sobreviven. En mi cabeza vuelven a resonar las palabra: ¿De qué estáis hablando? Si hablamos de bien común no debería ser posible cuidar ese 1%, protegerle, en la medida que se pueda, en vez de cambiar totalmente las costumbres y manera de relacionarnos del 99% restante? ¿Qué es el bien común? ¿Cómo es posible que nos estemos deshumanizando tanto en nombre de la "humanidad y la responsabilidad", en nombre de un bien común que atañe a un 1%? Y un bien común que sólo atañe a un concepto muy determinado de salud ¿No deberíamos, antes de tomar tantas medidas de la "barbarie salubrista" (como lo llama Juan Gervás, médico conocido y voz disidente en el sistema), pensar en si no será peor el remedio que la enfermedad? ¿Dónde queda la economía? ¿No es salud la economía? ¿Dónde queda la salud mental y la infancia, la educación? ¿No deberían ser también parte y patrimonio del bien común?

Son preguntas que me hago constantemente. Porque siento que mi responsabilidad no está en acatar ciegamente lo que se nos dice, sino en cuestionar medidas que en muchos casos me parecen desproporcionadas.

Seguridad vs. libertad. Gran dilema y tan antiguo como la humanidad. En nombre de la seguridad, renunciamos gustosamente como sociedad a la libertad. Ni nos cuestionamos si vale la pena. Porque la seguridad y la salud se volvieron dogmas inamovibles de una sociedad que aspira a una inmortalidad aburrida y "normalizada". Dicotomía peligrosa. No cabe olvidar que las grandes dictaduras de todos los tiempos hicieron servir el bien común y la seguridad como maneras de represión brutal de los disidentes. Hoy en día disidir o desobedecer las medidas que se están imponiendo (a menudo caóticas, pues varían en España de una comunidad a otra, a menudo absurdas), te sitúa en la esfera del irresponsable cuando no criminal. Y eso, ese pensamiento es peligroso. Porque elimina a todo aquel que no piense según el discurso oficial que nadie puede rebatir a no ser que seas experto. Y por cierto, que a los expertos disidentes también se les está censurando.

No hago apología del peligro. Soy una mujer tranquila que evita peligros en su vida, pero que no quiere evitar los riesgos que el vivir mismo conlleva. ¿Dónde está la línea fina que separa un riesgo de un peligro? Es un debate que deberíamos plantearnos. Porque si todo riesgo se vuelve peligro...la vida se convierte en algo insoportable. Y así tenemos una sociedad ansiosa, constantemente en estado de alarma, cuyos ciudadanos viven vidas miserables. Y digo miserables porque una vida sin profundidad (sin tiempo, sin sentido, sin espacios de silencio, de sentir y de reflexión, obsesionada con correr no se sabe muy bien hacia donde, que vive de espaldas a la muerte

sin ver que es esta precisamente la que nos enseña a vivir) es una vida miserable.

Escribiendo esto tomo conciencia de por qué me gusta trabajar con personas (mujeres en concreto) en crisis. Porque ante el dolor, la vida adquiere profundidad. Porque ante el dolor, aparece una conciencia que nos puede llevar a otra forma de vida más auténtica y profunda. ¿Cuántas vidas no cambian a raíz de una crisis? El problema, de esta crisis mundial, es que no estamos yendo hacia un cambio en positivo, sino hacia más control, más miedo y más "seguridad". Y ese nuevo "mundo seguro", como me gusta llamarlo, me preocupa profundamente, no ya por mí, sino por mi hija..

Del dolor, de las crisis, de la muerte...deberíamos extraer la enseñanza de que somos mortales, sí, pero ya que eso es inevitable, vamos a vivir plenamente, descubrir lo que sea la vida plena. La vida plena, que no es necesariamente feliz. Una vida que se asuma en sus luces y sus sombras, con todos sus riesgos. Una vida vivida en el presente, en un presente abierto al tiempo, a la eternidad (como diría Panikkar a la tempiternidad), una vida abierta al misterio de uno mismo y del otro (que nos interpela en su rostro). Si nuestra respuesta a la crisis es pedir más seguridad, es una respuesta banal y peligrosa, porque lo único que va a acarrear será más sufrimiento y no evitará el dolor, inevitable, que toda vida conlleva.

Y no lo llaméis prudencia. Pero de eso ya hablaré en otra carta.

Te deseo querido lector/a, una vida llena de esa fe y confianza que nos hace bailar, como el Zarathustra de Nietzsche, con todos sus riesgos, que son también sus retos.

No pierdas el compás.

De corazón,

Eva